

## CUANDO EN LA VIDA TE VA MAL EL ARCO SE ACHICA

¿Sabés lo que pasa? que un día el arco se achica, se hace pequeño, es como si mirás para el final de la cancha y apenas lo podes visualizar, y no te imaginás lo difícil que es volver a embocarla. El arco se desdibuja. Se hace una sombra movediza. La sensación es que el arquero se convierte en un pulpo con mil manos atajando todas las pelotas que van a esos tres palos.

Difícil. Complicado. Horrible. Espantoso. Una pesadilla con los ojos abiertos. Una verdadera mierda.

Cada día me levantaba como si estuviera deprimido, no tenía ganas de nada. Ni de preparar el bolso. Mucho menos de ir a entrenar. No me quería cruzar con nadie de las autoridades del club, ya que siempre me decían lo mismo, como si todos tuvieran el mismo cassette: “tenés que meter alguna pibe, no te olvides que a fin de año hay que renovar contrato y, si te dejamos libre, te tenés que volver a tu barrio en Mendoza, y volver sin gloria es un garrón para vos y el club que te vio partir, ya no podemos aguantar a un supuesto goleador que no haga goles, es un despropósito, es una pérdida de guita y de credibilidad para el club”.

El técnico me exigía cada vez más en los entrenamientos. Y yo, es como si tuviera las piernas quebradas, o entablilladas, parecía que usaba los botines en los pies contrarios. Ni hablar la sensación asfixiante que sentía al terminar cada partido. Sí, en cada partido, al finalizar, como yo no la embocaba no me dirigían ni la palabra. Mirá que el técnico era un tipo buena onda con todos, pero a mí no me saludaba, como si yo tuviera la culpa de que la cosa fuera así. Y me ponía una cara de perro viejo que me hacía sentir para la mierda.

Y lo peor, que de esos doce partidos que no metí ninguna, perdimos cinco, empatamos cinco y ganamos dos. Y en los dos partidos ganados, ganamos uno a cero de pedo, un gol lo hizo el Pelado Blanco y el otro el Roberto Zaldívar. Y yo ni la veía. Nada.

Para colmo la barra brava se empezó a poner brava de verdad, porque en teoría sirve para el aguante, para darte moral y te cuidan... incluso a aguantarte que a veces estas cosas pasan... pero no, nada de eso, me empezaron a decir de todo, estaban encarnizados conmigo, no sabés lo horrible que es...

Mirá que a estos tipos todos los fin de mes hay que colaborarles y el boludo les colabora sin chistar, pongo para esto y para lo otro, para las camisetas, para las rifas y para los amigos, que plata para la vaquita para el viaje, que las donaciones de algunas entradas, para ir de visita a algún barrio donde ellos van a abrir una sucursal del club, a visitar a algún pibito que hincha del club y todo eso... pero desde que no la embocaba

más, no me pedían nada. No me invitaban a ningún lado. Y obvio, me reputeaban, se acordaban de tres generaciones de mi familia con tantos insultos. Además como si yo fuera el único perro en la cancha.

Los otros días tomé un poco de coraje y hablé con unos de los jefes de la barra, con el que antes teníamos buena onda, para explicarle un poco qué me estaba pasando, ya que la verdad que no la estoy pasando bien en lo afectivo, viste cuando el corazón está medio hecho mierda, es difícil concentrarse, y si es difícil concentrarse, es más difícil meterla en esos tres palos. Y nos fuimos a un café y éste estaba con dos matones más, yo los había invitado como amigos, para explicarles bien, y se empezaron a cagar de la risa en mi cara... me dijeron que dejara de hacerme la paja, que diciendo eso parecía un pelotudo-pollerudo-hijo de puta, que haga goles, que el resto de lo que me pase a mí no les importa un carajo. Así en la cara, sin tapujos. Estos tipos parece que nunca han ido a la escuela por cómo hablan. A mí me dio una vergüenza... que se rieran tanto de mí de ese modo.

Yo les quería explicar lo mal que estaba, que no podía dejar de pensar en Adriana. Que la pensaba todo el tiempo. Que era como una fiebre que te da un día y que no se te va más. Me tenía loco esa mujer, me tenía de las bolas, y con la cabeza en veinte pedazos.

Qué se yo... con ella me vine del interior del país a Buenos Aires cuando éramos apenas unos pibes. Tenemos o teníamos hasta entonces una historia bonita de amor, habíamos hecho mucho esfuerzo para mantenernos en esta ciudad, tan compleja, tan grande. Ella había sido de gran motor para mí. Ella era mi amor. Ella era mi sostén, mi hinchita personal, aunque a veces tomaba los matices de una barra brava cuando se calentaba conmigo por algo. Y en el último tiempo era por cualquier cosa. Y llegó un día en que agarró sus cosas y se fue de nuestra casa; y desde entonces yo ya no la emboque más. Como que extrañarla se materializaba en no hacer ningún gol. Esas cosas inexplicables, inentendibles. Pero que pasan. Más la extrañaba y menos chances de acercarme al arco y meterla. Pero ni por cerca, y lo peor que casi eso no me interesaba. Ya no me interesaba tampoco hacer un gol si ella no iba estar viéndolo desde la tribuna.

Siempre se ubicaba en el mismo lugar, cuando hacía goles, la buscaba con la vista, y ella sabía que ese gol era dedicado a ella. Por el aguante, porque me ayudaba a pelearla a su lado, y ella en el mío. Porque nos queríamos, porque nos amábamos. Y para mí dedicarle cada uno de los goles que hacía, era una manera de demostrar todo el amor por ella...

Pero la cosa se complicó mucho más cuando vino el Presidente del Club en persona, mirá que yo al tipo lo había visto dos o tres veces hasta ahí y ese sí me ajusto

de verdad, me dijo muy serio y correcto: “o haces un gol y ganamos, o el mismo lunes después del partido, quedás fuera del club”.

Por cómo venía la mano, por las dudas, en la semana empecé a preparar algunas cosas. Además jugábamos uno de los cuatro clásicos que tenemos en el año. Hacía tiempo que no ganábamos, había que ganar este sí o sí. Y si no, rodaba mi cabeza seguro. Y seguramente la del técnico también. Es una macana tener esa presión. Porque es punzante. La verdad que ya no me interesaba nada. Medio que había decidido volverme a mis pagos. Un bajón, un garrón, ya había perdido el interés. De qué me servía a esa altura de mi vida sentirme así. Solo. Desahuciado por la falta de Adriana.

Por otro lado estaba loco, tampoco es que me gusta bajar los brazos así como así. Mirá que la he peleado. Mejor dicho, la hemos peleado espalda con espalda con Adriana. Yo jugando al fútbol, ella como maestra de grado en un barrio muy carenciado. Era bonito saber cuando los pibes se enteraban que ella era mi mujer, siempre le traían fotos a ella de los diarios, para que se las firmara. A veces iba a la escuela a llevarla o buscarla, cuando por alguna razón no entrenábamos y los que me reconocían me pedían sacarnos una foto... qué se yo.... Eso que yo no soy un jugador famoso, esos tipos que salen todo los días en la tele, además el club en el que juego es un club chico, pero bueno cada tanto salía en el diario.

Parece que algo también se había comentado en la radio de los conflictos que había en el club, que si no ganábamos iban a reorganizar el equipo y ese tipo de chismes, que eran verdad, pero que los decían más para preocupar a los hinchas y meter cizaña, que para hacer una nota seria del problema.

Así que la cosa estaba complicada...

Ese sábado a la noche en la concentración, después de cenar, me fui a la habitación. Nadie hablaba con nadie, todos cara de velorio, preocupados, y medio asustados. Enciendo el teléfono, y me entra un mensaje de Adriana que decía: “Te quiero mucho, la mejor suerte para mañana”. Ese tipo de mensajitos me escribía cuando vivíamos juntos y soñábamos con un mundo juntos. Esa noche dormí feliz y con cierta rareza. Pero pude descansar. Pude imaginar algo del partido.

Creer o reventar, pero ese partido lo ganamos tres a cero. Yo hice dos goles en el segundo tiempo. Terminó el primer tiempo uno a cero. En el entretiempo, antes de ir al vestuario, se me da por mirar al lugar en que ella siempre se ponía para que la viera y la vi. Sentí una energía que me renovó por completo. El tiempo en el camarín se hizo eterno, ahora sí tenía ganas de entrar y comerme la cancha y los rivales. Así fue. Modestia aparte, me clavé dos golazos. Y en los dos goles, fui hasta la tela donde ella

estaba y se los dediqué. Ella desde la tribuna me miraba con esos ojazos celestes y esa sonrisa maravillosa.

Y así, quiérase o no, volvió todo a la normalidad en mí.

Hoy lunes, en un rato, nos juntamos a cenar con Adriana. No sé qué vaya a pasar, pero ya estoy feliz por verla.